

# PiNOCHO

AÑO. III  
NUM. 134

25 cts

11. SEPTIEMBRE  
1927.



SÍ; CAÑAMÓN, EL GATO ES UN ANIMAL DOMÉSTICO.  
¡NO PUEDE SER! PORQUE EL GATO SE PASEA POR EN-  
CIMA DE LOS PLATOS Y NO LOS ROMPE Y LAS DO-  
MÉSTICAS ROMPEN LOS PLATOS.



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EN LOS ABISMOS DEL OCEANO CIENTO POR CIENTO SAGARIS

(Conclusión.)

—Muy bien —dijo Smitson—. Vamos a preparar el torpedo.

Hizo seña al pescador de que le siguiese y le condujo a proa, donde se abría un largo canal oscuro, con unos mecanismos laterales, que al principio Juan Baret no comprendió para qué podían servir.

Un momento después, cuatro marineros traían con toda clase de precauciones un huso de metal, de unos tres metros de largo, en forma de cigarro habano, provisto en la parte trasera de dos alas en forma de hélice.

—¿Qué es? —preguntó el pescador.

—El torpedo que hará saltar al monstruo —contestó el comandante—. Se introduce en este canal; se pone en marcha después de cerrar el tubo para que el agua no entre en el barco y se le deja en libertad. Mediante un movimiento de relojería las hélices se ponen en función; un timón automático regula su dirección; y cuando tropieza con un cuerpo cualquiera, estalla mediante una chispa eléctrica.

Ahora verá cómo hacemos pedazos el calamar en cuanto le obliguemos a salir de su escondrijo.

Mandó meter el torpedo en el tubo de lanzamiento y en seguida se colocó frente a las lentes de proa, invitando al pescador a ponerse a su lado para que no perdiese nada de aquel tremendo espectáculo.

El *Holland* se había puesto en movimiento, abriéndose paso entre las algas, que revestían el fondo del mar.

Monstruos desconocidos hasta del comandante, asustados ante aquellos haces de luz eléctrica, huían de todas partes, ocultándose en medio de las plantas.

Eran enormes congrios que agitaban sus agallas, duras como tenazas; peces jamás vistos, llevando en sus

cabezas una especie de lamparitas eléctricas, que despedían resplandores azules o rojizos; ciertas especies de serpientes provistas de membranas que parecían alas y que al huir dejaban huellas fosforescentes.

Había todo un mundo desconocido que no debía haber visto nunca la luz del sol.

El submarino, que se encontraba a una profundidad

de cuatrocientos metros, profundidad jamás alcanzada por el audaz marino, avanzaba con bastante trabajo. A cada instante el agua tendía a elevarle, y las hélices tenían que hacer grandes esfuerzos para mantenerlo tan cercano al fondo.

El *Holland* había recorrido doscientos o trescientos metros, siempre rozando las algas, cuando se bajo bruscamente de la parte de popa, y en seguida su marcha quedó de improviso suspendida.

—Es el monstruo que nos ha detenido —dijo el comandante, agarrándose a una manecilla de hierro por no caer.

En vez de atacarnos por la proa nos ha cogido por la popa.

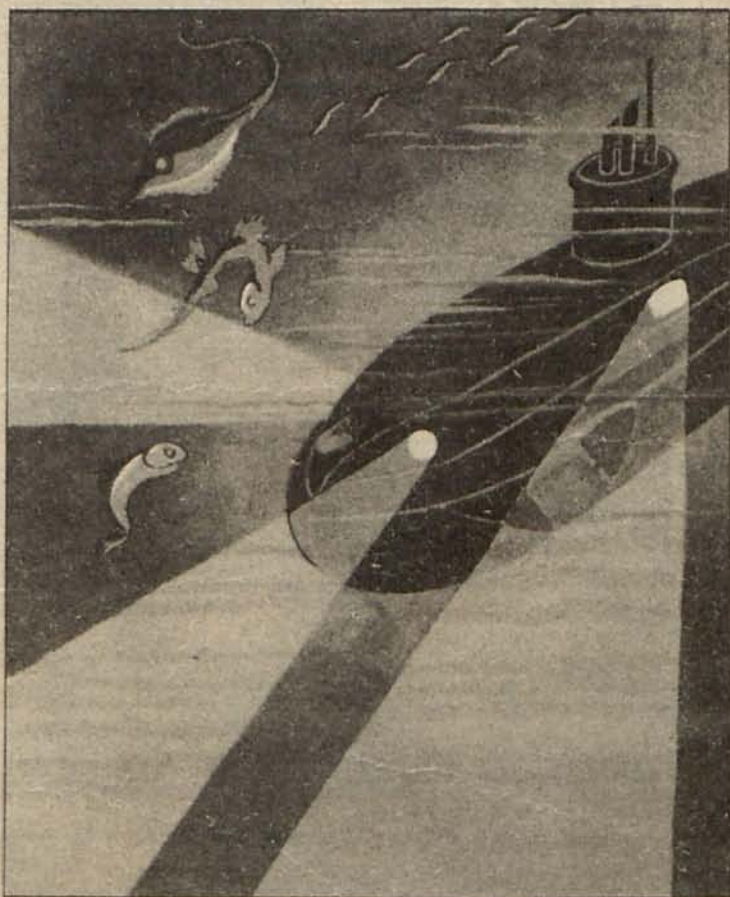
—¿No podrá hacer dar la vuelta al barco? —preguntó Juan Baret, que se había puesto lívido.

—No hay peligro; dejémosle hacer. Volverá a presentarse delante de nosotros, no lo dude.

El comandante del *Holland* estaba tranquilísimo, como si se hubiese tratado de una cosa muy sencilla.

No lo estaban, en cambio, sus marineros, que creían que el monstruo lograría destruir el barco o, por lo menos, estropearle, impidiéndole volver a la superficie.

También Juan Baret creía que había llegado su última hora, no obstante las palabras tranquilizadoras del señor Smitson.







El formidable calamar debía poseer una fuerza extraordinaria, pues parecía que jugase con el barco, tomado por él por algún enorme crustáceo.

Le había abrazado estrechamente con sus tentáculos inmensos y lo sacudía rudamente, tratando de darle la vuelta para obligar al supuesto molusco a salir y servirle de comida.

El capitán Smitson, frío, impasible, le dejaba hacer, esperando el momento en que, cansado de sus inútiles esfuerzos, apareciese por la proa.

Con el rostro apoyado en los cristales de la careta, trataba de distinguirlo, sin conseguirlo. De cuando en cuando lograba ver algún tentáculo golpear el agua con inaudita violencia para apoyarse en las chapas de acero del barco, sirviéndose de sus innumerables ventosas, que debían obrar con irresistible succión.

Aquellos brazos daban idea de la enorme mole de aquel monstruo submarino. Eran tan gordos como el cuerpo de un hombre de estatura media, y de más de diez metros de largo.

—Debe ser uno de aquellos *kraken* mencionados en las leyendas escandinavas —murmuraba el comandante—. Se han encontrado algunos, pero seguramente no tan grandes. Veremos si sabrá resistir veinticinco kilogramos de algodón de pólvora.

Las sacudidas continuaban, aumentando el terror de los marineros. El barco, ora era empujado hacia lo alto, ora echado entre las algas; pero resistía maravillosamente a los esfuerzos del monstruo. Hubiese hecho falta algo más para hundir las planchas de acero, que estaban hechas a prueba de bala.

Poco a poco aquellas sacudidas disminuyeron, hasta que cesaron por completo. El *Holland*, libertado del apretón, había subido unos cuantos metros, y como las hélices no habían cesado de funcionar, había avanzado.

—Prontos para el lanzamiento del torpedo —gritó el comandante con voz enérgica.

Los marineros, algo tranquilizados ante la calma y sangre fría del comandante, habían corrido a proa para lanzar el terrible instrumento de destrucción.

El capitán hizo virar el barco para hacer frente al monstruo, que quizá se preparaba a renovar el ataque.

El *Holland* acababa de dar la vuelta, cuando el calamar apareció entre las algas.

Era de aspecto tan espantoso, que hasta el mismo comandante no pudo reprimir un gesto de horror.

Los pescadores de Richón no se habían engañado. Tratábase de un pulpo de dimensiones jamás vistas, de una verdadera montaña de carne blancuzca y gelatinosa, provista de doce brazos de diez o doce metros de longitud.

Aquel terrible habitante de los abismos marinos tenía una boca enorme que terminaba en un rostro óseo y dos ojos glaucos, redondos, tan grandes como la cabeza de un hombre.

Al ver el barco, el monstruo se había vuelto, nadando a toda velocidad para renovar el ataque. Presentábase precisamente de proa.

—¡Lanzad el torpedo! —gritó en aquel momento el comandante.

Juan Baret vió de un modo vago el huso de acero atravesar velozmente las capas de agua, y después oyó un ruido lejano. El barco se inclinó sobre una banda, después sobre la otra, mientras el agua de en torno enturbiábase.

—¡Manteneos firmes! —oyóse gritar al comandante.

Juan apenas tuvo tiempo de agarrarse a una anilla de hierro. El submarino había vaciado sus depósitos de agua y subía a la superficie del mar con gran rapidez. Juan Baret sintió un choque, después oyó un ruido sordo, y, por

último, el *Holland* recobró su posición horizontal.

—Venga conmigo —le dijo el comandante.

La tripulación había abierto las escotillas, precipitándose sobre la plataforma. El *Holland* estaba a flote a unos cuantos centenares de metros del banco de Rok. En torno, veíanse flotar pedazos de materia blancuzca y trozos de tentáculos, reducidos a polvo por la explosión del torpedo.

—He aquí lo que queda del monstruo —dijo el capitán Smitson con voz alegre—. Los pescadores pueden reanudar sus correrías por el mar sin temor de ser atacados. Y ahora, forzad las máquinas, y vámonos a esparcir la buena noticia por todas las costas de Cornwall.



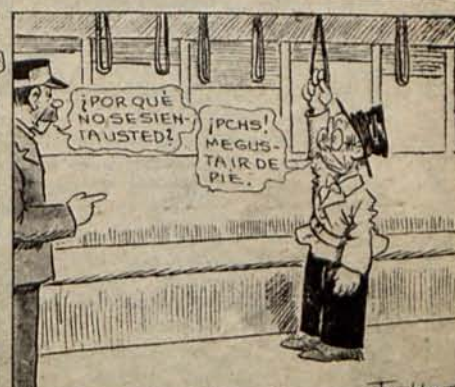
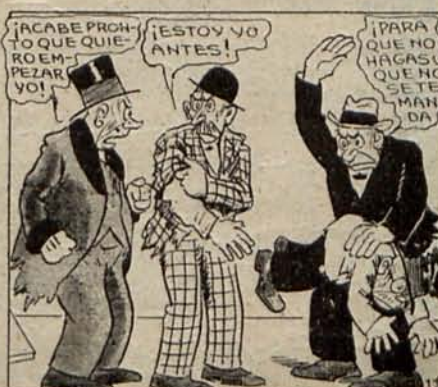
FÍN



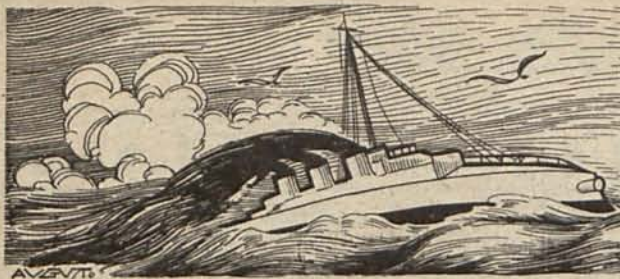


Copyright, 1913, by Hearst Company. Great Britain Rights Reserved.  
Registered at G. B. Patent Office.

## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO







# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

## LIBRO PRIMERO

### La señorita Maud Campbell.

#### PRIMERA PARTE

#### Los fugitivos de la isla de Nou.

I

*Una recepción en Nueva Caledonia.—Tres navios ingleses. La señorita Campbell y una historia misteriosa.—El número 2.117.—Herido.— ¡El torpedo!... ¡El torpedo!*

—¡Señor gobernador!  
—¿Qué quiere, señor almirante?  
—Soy curioso, como todos los ingleses, y quisiera saber...

—Diga, diga sin reparo.  
—¿Cuántos huéspedes tiene?  
—Dos mil..., dos mil... Señor secretario general, *perdón*.  
—¿Cuántos huéspedes tenemos?  
—Dos mil cuatrocientos veinticinco, señor gobernador  
—contestó en seguida el interpelado, interrumpiendo su coloquio con su vecina.  
—¿Incluyendo los últimamente llegados?  
—Sí, señor gobernador.

El gobernador volvióse de nuevo hacia el almirante con cara seria y moviendo la cabeza de arriba a abajo, como diciendo: «Ese es el número, precisamente, y son bastantes».

—Ya tendrá que hacer con tanta canalla —replicó el almirante sonriendo.

El gobernador hizo un gesto de desesperación.

—No me hable de ello —contestó—. A veces hay para perder la cabeza; pero entonces no hay que tener piedad y yo, se lo aseguro, no perdono las faltas a nadie.

Se calló al ver que el almirante se volvía para saludar a una señora, y esparcía la mirada hacia el salón, todo resplandeciente y lleno de una mezcolanza alegre, variada y algo ruidosa de damas, oficiales y funcionarios civiles.

Aprovechemos este momento de pausa para informar al lector amigo del sitio y momento en que tenía lugar el diálogo a que acabamos de asistir.

En aquella parte del Océano Pacífico más sembrada de islas e isletas, cual restos de un continente hecho pedazos, al Este de Australia, se encuentra una porción de tierra que en los mapas tiene la forma de un cigarro habano sobresaliendo entre numerosos puntos negros.

Aquella porción de tierra se llama Nueva Caledonia y los puntos negros son las islas de la Lealtad.

Descubierta en 1774 por el célebre navegante Cook, la Nueva Caledonia fué más tarde ocupada por Francia, que en 1864 la transformó en una colonia penitenciaria, enviando allí la peor gente de sus establecimientos centrales.

La Nueva Caledonia produce en la mente de todo con-

denado una terrible fascinación, cual si fuese una tierra prometida.

Muchos reclusos cometen nuevos delitos para ser enviados a la colonia, donde esperan gozar de una relativa libertad convertidos en agricultores, fumando y paseando por la isla. ¡Triste desilusión!

En la Nueva Caledonia, amigos míos, se trabaja cual bestias de carga y se sufre; se duerme en salas oscuras y tristes con la cadena a los pies, bajo el vigilante revólver de los inexorables guardianes, y a la menor falta se pasa, sin misericordia, a los calabozos.

Algunos, después de un largo periodo de buena conducta, pasan a la administración colonial, siendo ocupados en ciertos menesteres de poca importancia, y logran llevar una vida menos horrible, resignados y domados, encontrando un poco de aquella felicidad que habían destruido con su delito.

Pero son pocos, muy pocos, y sus compañeros de pena los odian ferozmente, creyendo que aquellos privilegios les han sido otorgados como premio a su espionaje.

El 22 de mayo de 1898 llegaron a la rada de Numea, capital de la isla y residencia del gobernador, dos cruceros y un torpedero de alta mar pertenecientes a la escuadra inglesa del Pacífico.

A bordo de uno de los cruceros encontrábase el almirante Wilson, gran marino, pero hombre de poca suerte.

Habiendo salido de Sydney, puerto australiano, en perfectas condiciones, a los 25° de latitud había tenido que poner en los cepos a la cuarta parte de la tripulación del torpedero por haberse amotinado, y cerca de la línea del Trópico un grave accidente de la máquina de su crucero le había matado dos fogoneros, obligándole a refugiarse en el puerto más próximo para las reparaciones precisas.

¿Qué hacer?

El puerto más próximo era Numea, en la Nueva Caledonia, y el almirante Wilson, dominando su orgullo nacional, pidió hospitalidad al gobernador francés.

Cuatro días después las averías habían sido reparadas y el gobernador, la víspera del día señalado para la marcha de los tres navios de guerra, dió en el palacio colonial una gran recepción en honor de los oficiales ingleses, mientras en las oficinas de la administración y en las calles los sargentos y soldados de infantería de marina fraternizaban con los suboficiales y marineros ingleses, gritando que Francia e Inglaterra eran las dos naciones más grandes del mundo, demostrándolo con sus monumentales botracheras.

Los deportados, encerrados en sus dormitorios, bajo la imparable vigilancia de los guardianes, llamaban al sueño, maldiciendo y envidiando aquella alegría estruendosa, aquellos momentos de embriaguez y de ruidosa felicidad que ya no podían disfrutar jamás.

Alguno de ellos, despertado por los cantos y las músicas, estremecíase, palidecía y se dejaba caer en el duro lecho, ahogando las blasfemias y sollozando...

—¡Dios mío! ¡Dios mío, qué vida esta!

Pero ¿quién se acordaba de ellos?

El almirante inglés, por curiosidad, y el gobernador, por deber, los cuales, mientras nosotros nos hemos entretenido en estas explicaciones, habían reanudado la conversación.



—Diga —preguntó el almirante—, ¿son raras las evasiones?

—Al contrario, son muy frecuentes.

—¿Cómo?

—Sí; pero los fugitivos son capturados poco después de la fuga o se entregan ellos mismos.

El almirante Wilson, que aun escuchando las explicaciones de su huésped no dejaba un instante de inspeccionar el salón con sus penetrantes ojos grises, tuvo un gesto de asombro.

El gobernador le miró y vio que su mirada se dirigía a un rincón de la sala, hacia una muchacha rubia, alta, esbelta, guapísima, vestida de blanco, de una encantadora sencillez.

Wilson se había puesto pálido; un ligero temblor le agitaba los labios y no podía apartar la mirada de aquella encantadora visión de juventud y belleza.

Por fin se dominó, y cogiendo al gobernador del brazo, le preguntó en voz baja:

—¿Quién es aquella señorita?

—¿Le gusta? —replicó el otro sonriendo maliciosamente.

El almirante tuvo un gesto de impaciencia.

—Dígame quién es, haga el favor —insistió.

—Es la hijastra del director de la penitenciaría de Nou —contestó el gobernador—. Su madre era inglesa.

—¿Era inglesa?

—Sí.

—¿Por qué dice era? —replicó Wilson, a cada momento más agitado.

—Porque, según creo, ha muerto.

—¡Ah, sólo lo creo!, no está seguro.

—... Es una historia muy triste.

—Cuéntemela.

—¿Le interesa?

—Mucho; a mí me gustan las historias tristes.

—Por lo demás, es muy breve.

—Tanto mejor.

—Le voy a complacer en seguida.

—Se lo agradeceré.

—Pues oiga, señor almirante. Hace dos años, cuando el actual director de la penitenciaría de Nou se embarcó para Nueva Caledonia con su mujer y su hijastra, la señorita Maud...

—¿Se llama Maud? ¿Y el apellido?

—Campbell; el del primer marido de su madre.

—¡Oh! —exclamó el almirante estremeciéndose—. Prosiga.

—Prosigo. Cuando se embarcó para Nueva Caledonia su esposa sintióse dominada por una invencible melancolía que no lograron vencer las caricias de la hija ni los amorosos cuidados del segundo marido. La infeliz mujer buscaba a menudo la soledad y se pasaba largas horas sola rezando por el padre de su pequeña Maud, muerto, quizá, en circunstancias terribles; a veces cogía aparte a su nuevo esposo y le hacía jurar que cuando ella se hubiese muerto amaría y protegería a Maud como si se tratase de una hija muy querida, y no se calmaba ni quedaba tranquila hasta que el pobre hombre, medio llorando, le había prometido, haciéndole toda clase de juramentos, todo lo que ella quería...

El gobernador interrumpió su relato para preguntar al almirante Wilson si se sentía mal, tanto se había alterado y cubierto de sudor su rostro.

—No —contestó el inglés con un esfuerzo—, es el calor de la sala; pasará... Acerquémonos a aquella ventana.

Los dos fueron a apoyarse en el antepecho, respirando profundamente el aire vivo y perfumado del mar y de los jardines.

El cielo estaba encapotado, negro y amenazante; en el horizonte aparecía de vez en cuando una línea de fuego blanco, cual resplandor de una espada gigantesca, que se

apagaba de súbito, haciendo más tenebrosa la noche.

A lo largo de la costa y por encima del mar deslizábase de continuo el haz luminoso del reflector de un guardacostas que costeaba para impedir las evasiones, haz luminoso que se posaba sobre la isla de Nou, en medio de la rada; sobre las oscuras masas de la isla de los Pinos, iluminaba los dos cruceros ingleses, o junto al muelle, al ágil y potente torpedero, semejante a un monstruo marino medio sumergido y dormido junto a la orilla.

Llegaban a bocanadas las alegres voces y el estruendo de los marineros ingleses y de los soldados de la isla que se divertían, y de cuando en cuando, triste, monótono, impresionante, un rugido de rabia y maldición o el grito del centinela: ¡Alerta!...

El almirante Wilson escuchó un momento en silencio aquel vario clamor alternado, y después volvióse hacia el gobernador diciendo:

—Prosiga el relato, amigo mío.

—¡Oh! Ya falta poco que contar —replicó el otro con tristeza—. Una mañana fué buscada, en vano, la señora del director.

—¿Había desaparecido?

—Sí.

—Quizá se cayese al mar.

—No se sabe; es un misterio.

—¿No se echaría al agua?

—No lo creo, porque era muy religiosa.

—¿Y nunca se ha sabido nada?

—Nunca. ¡Pobre mujer!

Hubo un nuevo silencio, durante el cual el gobernador trataba de explicarse, sin lograrlo, la causa del extraño aspecto del almirante.

Este, poco después, empezó a hablar de nuevo con más franqueza.

—La señorita Maud me interesa.

—¡Oh! Lo merece.

—Sí; por una extraña casualidad... conocí a su padre en Glasgow.

—Ya entiendo...

—Dígame, ¿qué vida lleva aquí?

—La vida de una hermana de la caridad —contestó con sincera emoción el gobernador—. Es el ángel de toda esa canalla, que logra amansar con su sola presencia más que con las parrafadas de nuestro reglamento. Hay en la isla de Nou un deportado, el número 2.117, que es un joven capitán mercante condenado a veinte años de trabajos forzados por haber preparado el naufragio de un barco y la pérdida de la mitad de la tripulación por cobrar el seguro...

—¡Bandido!

—Pues bien, ese individuo, que al principio era uno de los más violentos e incorregibles cabecillas, se ha convertido en un corderito desde la llegada de la señorita Maud Campbell. Creo que le ha hechizado.

—¿Qué clase de hombre es?

—Es joven, guapo, vigoroso, enérgico e inteligente; no me explico cómo fué capaz de cometer un delito tan horrible.

—¿Cómo se llama?

—Adolfo de Berenval; he decidido tomarlo de escribiente en la administración.

—No se fie de él.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es un presentimiento.

—¡Vaya!

—Esté en guardia, señor gobernador, y vele por la suerte de esta infeliz criatura.

—Explíquese. ¿Qué es lo que le obliga a hablar de este modo?

—Nada, nada.

—Pero...

(Continuará en el número próximo.)





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# POLITO EN LA CIUDAD DE ORO





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL CAMINANTE HAMBRIENTO

Castillo

**A** DELANTE, señores, adelante! Diez céntimos nada más cuesta la entrada; la salida es gratis. ¿Quién por diez céntimos no quiere ver las sorprendentes aventuras del caminante hambriento? ¿Quién por una perra gorda no quiere contemplar a Pinchauvas tomándose de merienda dos leones con uñas y todo? Pasen, señores, pasen en seguida, que va a empezar la función. Por esta vez, y en obsequio del respetable público, los niños y militares sin graduación sólo pagarán cinco céntimos.

Así gritaba a la puerta de una barraca de la feria cierto individuo, con un rojo fez en la cabeza y agitando una campanilla ensordecedora.

Entramos varios chicuelos, mediante la entrega de una perra chica a una senora que por lo gorda parecía un elefante, y tomamos asiento en unos bancos de madera.

En una especie de escenario había colgada una sábana, y sobre ella comenzaron a aparecer unos cuadros proyectados por un cinematógrafo.

La primera escena representaba un moro viejo arrodillado en un desierto. Una porción de esqueletos que había a su alrededor atestiguaban que por aquellos andurriales se moría la gente a chorros y que escaseaban los sepulcros.

Oyóse detrás de la sábana una voz que decía: «Vean ustedes al gran Pinchauvas, que de emperador de Tripsonda ha llegado a la triste situación en que ustedes le ven. Está en el desierto de Sahara, muy cerca de Getafe, donde no hay alma caritativa que le dé un pedazo de pan y queso, ni un mal vaso de agua. El pobre está tan aburrido, que como pueda se meterá a mozo de café o pinche de cocina. En este momento pide al cielo que le caiga en las narices una chuleta, pero de las gorditas, aunque se quede chato para todos los días de su vida. ¡Qué habéis de saber vosotros lo que es una chuleta a tiempo! Ahora verán ustedes al magnífico Pinchauvas cómo se encuentra un cerdo, le coge, le despanzurra y le convierte en salchichón. ¡Mirad cómo se lo comel! ¡Cómo se refocila después de un hambre de tres días!»

Segundo cuadro: Apareció un león dando terribles

rugidos. Y la misma voz continuó diciendo: «Es un león auténtico, del que Dios nos libre, amén. Se llama de mote *Pelotero*, y dice *papá* y *mamá*. Lleva barba corrida porque en el desierto no se encuentran barberos en cada esquina. ¡Ven ustedes a Pinchauvas cómo derriba al león dándole un soplo en un ojo, y cómo luego le coge por el rabo y las orejas y salta con él a la comba! Observen ustedes qué miradas le echa con el rabillo del ojo en que no le ha soplado.

»Después le mete la mano por la boca, le coge el rabo, tira y vuelve al león del revés como si fuera un calcetín; lo lava, lo plancha y lo coloca nuevamente como estaba, por lo cual el animal, agradecido, le lame las manos con la mayor sumisión y respeto.

»Mirad ahora a Pinchauvas cómo va a pescar truchas en la arena, para probar que tiene buen humor y es optimista. No lleva red, ni caña, ni sedal, ni anzuelo. Todo su atalaje de pesca consiste en un pequeño mazo que pesa quinientas arrobas.

»Ahora se sienta y aguarda que pase una trucha para darle el primer susto. Pero ¡que si quieres! No pasa una en veinte leguas a la redonda. Se conoce que han leído la noticia en algún periódico y dicen para su capote:

«—¡Guarda, que éste tira a dar!

»En esto cruza el desierto un descomunal elefante que avanza trompa en ristre contra Pinchauvas; pero éste le propina un soberbio mazazo y le hincha la trompa, le da otro y se la

deshincha; de un bocado le arranca una oreja y de un puntapié le abre la barriga. Ante tales demostraciones de cariño, el elefante se conmueve, y alargando la pata a Pinchauvas, le dice:

«—Querido amigo, eres un valiente y no es justo que riñamos.

»Vedles ahora cómo se sientan en la arena y sacan unos cigarrillos que se fuman con regocijo.

»Se despiden afectuosamente, dándose recuerdos para las familias respectivas, y cada cual se marcha por su lado.

»El día está malo, porque apenas se ha ido el elefante aparece un toro, que apenas ve a Pinchauvas se le lanza con objeto de atravesarle de una cornada. Pero el mozo no está por dejarse coger, y sacando







una manta morellana empieza a darle pases como si le hubiera dado lecciones Belmonte. Ahora verán ustedes cómo Pinchauvas le coge de un cuerno y le hace dar más vueltas que a un peón. El

toro se sienta y le dice a su adversario:

»—Si no te dejas coger, ¿a qué he venido?

»A lo cual responde con mucho juicio Pinchauvas:

»—A lo que tú has venido no es a cogerme a mí, sino a que yo te descabelle a pulso.

»Ved cómo empieza de nuevo el toreo y cómo Pinchauvas coloca su montera en el testuz del bicho. Hasta la arena aplaude. Sigue la lidia. Como no hay picadores, dos pulgas se encargan de picar al toro detrás de las orejas, lo cual le obliga a rascarse desesperadamente. Por fin, después de colgarle dos pares de sardinas de lata a guisa de banderillas, Pinchauvas mata al toro de un volapié.

»Ya se cansa Pinchauvas del desier to, y cogiendo su maleta se mete en el primer *taxi* que pasa. Sigue con hambre, a pesar de tener dentro de su estómago un lechón, y para entretenerse se come el sombrero del conductor y los neumáticos de las ruedas.

»Ahora viene lo mejor. Se embarca en el vapor *Merluza*, que naufraga al salir del puerto; pero él se monta en un caballo y salva dos tripulantes. Uno de los salvados es hermano de la princesa Mikimiki, la cual, en agradecimiento, ofrece su mano a Pinchauvas. Pero éste se encuentra pensativo, pues no sabe si casarse o comprarse un impermeable. ¡Mirad qué cara tan compungida tiene, mitad de la preocupación y mitad de un fuerte dolor de muelas!

»Los papás de Mikimiki reciben entusiasmados al salvador de su hijo. Pinchauvas entra triunfante en la ciudad a caballo de una escoba. El pueblo le obsequia con mondaduras de patata, tronchos y otras golosinas. Pinchauvas, enternecido, llora lágrimas como nueces y saluda a cabezadas a la multitud, que entusiasmada quiere arrastrarle. La guardia soberana impide tal manifestación de entusiasmo, y metido en un saco lo llevan a Palacio.

»Cuadro final. El matrimonio de Pinchauvas con la princesa Mikimiki se verifica con gran solemnidad. ¡Mirad qué regalos hacen a los novios! ¡Cuánta col, cuánta lechuga y cuánta zanahoria! El novio, entusiasmado, pone un puesto de verduras en la plaza de la Cebada.

»Pero la suegra de Pinchauvas no se conforma con que su hija sea verdulera, y arma una tremolina de dos mil demonios. Pinchauvas tiene que huir, dejando el bigote y la peluca en manos de su mamá política; ésta, con el berrinche, hace explosión y destruye toda la ciudad. Gracias que Pinchauvas y su esposa han sabido correr y se libran del cataclismo. Mikimiki, enternecida, exclama:

»—¡Pobre mamá! ¡Qué dulce es su trato! ¡Qué recuerdo más grato deja a sus súbditos!

»—Y a mí —responde Pinchauvas enseñando su cabeza lisa y monda como una bola de billar—. Pero vamos un poco más lejos, esposa querida, que aun no estoy tranquilo.

»Vean ustedes el matrimonio instalado en la casa de unos parientes remotos de Mikimiki. La dicha más completa reina en aquel hogar; sólo dos veces cada cinco minutos suele alterarse el pacífico carácter del jefe y hay que dejarle que se distraiga repartiendo unos cuantos estacazos. El matrimonio huésped ha recibido ya una regular ración, y agradecido a tanto honor, ha decidido tomar las de Villadiego sin dejar tarjeta.

»Pinchauvas quiere descansar de sus aventuras, y al efecto estudia el modo de establecer en su país una industria importante que le permita vivir con decoro.

»Ya ha conseguido su propósito: Pinchauvas y Mikimiki viven felices vendiendo chuletas de huerta en el Cairo.

»Y colorin colorado.  
la función ha terminado.»



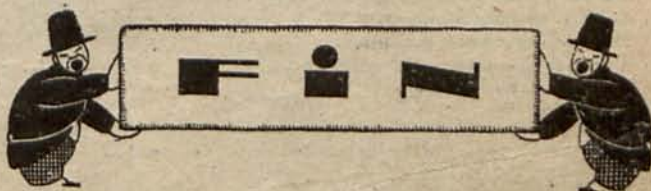
Fui de los últimos en salir, porque tenía deseo de preguntar al dueño de la barraca si de tan disparatada historia había siquiera de verdad la existencia de Pinchauvas.

El de la barraca se sonrió y me dijo benévolutamente:

—Pinchauvas es el apodo que tenía un pobre viajante de comercio, tan infeliz en el fondo como terrible en la apariencia. Era tan embustero, que él mismo me contó esa historia, y yo

la he aprovechado para reproducirla en el cinematógrafo.

—¡Conque Pinchauvas era un embustero! Ya me parecía a mí absurdo todo lo relativo a sus aventuras. Pero, en fin, verdad o mentira, a esa historia le falta una moraleja. Pues allá va: Que hasta lo más insignificante y baladí puede convertirse en motivo de regocijo y distracción cuando interviene el Arte, que todo lo perfecciona y embellece.







# QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?  
—Hoy quiero saber, amigo buho, por qué necesitamos respirar para vivir.

—No sólo necesitamos respirar, sino que es preciso que el aire que respiremos sea apropiado para nuestra vida. Un aire cargado de gases nocivos no sirve para nosotros, y si lo respirásemos moriríamos intoxicados.

—Bueno, pues dime por qué necesitamos respirar aire puro para vivir.

—Porque lo que sostiene nuestra vida es la sangre, y ésta hay que mantenerla en un estado constante de pureza. Tú ya sabes que la sangre está circulando continuamente por nuestras arterias y nuestras venas.

—Lo sé porque lo he estudiado en un libro.

—Y sin necesidad de estudiarlo podías saberlo también.

—No sé como. Yo no puedo adivinar las cosas.

—Ni es preciso que las adivines, Chonón. Si pones un dedo en cualquier parte de tu cuerpo por donde pase una vena, notarás los latidos que produce la sangre al pasar.

—Es verdad. Muchas noches, cuando estoy en la cama, oigo esos latidos con el oído que tengo apoyado en la almohada. ¿Son esos los latidos que tú dices?

—Los mismos. Pues bien; la sangre, al recorrer nuestro cuerpo, va recogiendo todo el ácido carbónico que se desprende del organismo.

—¿Y de dónde procede ese ácido carbónico?

—De la combustión de los alimentos.

—Entonces, si no comiéramos no tendríamos necesidad de respirar.

—¡Ah, claro! ¿Para qué queríamos respirar después de muertos de hambre?

—Bueno; pero suponte que pudiésemos vivir sin comer, ¿sería precisa entonces la respiración?

—Yo no puedo suponer eso porque sin alimento no es posible la vida, y no viviendo no se necesita la respiración para nada.

—Quiere decirse entonces que la alimentación y la respiración son dos cosas que se necesitan mutuamente, y que sin cualquiera de las dos nos moriríamos.

—Así es.

—¿Y qué cosa contiene el aire que es tan indispensable para nuestra vida?

—El oxígeno. Cada vez que aspiramos cierta cantidad de aire llevamos a nuestro aparato respiratorio ese gas llamado oxígeno, el cual, al llegar a los pulmones, penetra en una infinidad de pequeñas cavidades, donde se purifica la sangre.

—Y las impurezas que desprende nuestro organismo, ¿no se mezclan con este aire que respiramos?

—No, porque la respiración tiene dos tiempos: uno, de aspiración, que es el que introduce el aire puro, y otro, de espiración, que expulsa fuera el ácido carbónico procedente de la sangre. Además, el aire aspirado no llega directamente al pulmón, sino que a través de la nariz y de la tráquea se va calentando y humedeciendo, con lo cual se evita que el excesivo frío y sequedad del aire perjudique a los pulmones. Por eso no es bueno respirar por la boca cuando hace frío.

—¿Qué ocurre respirando por la boca?

—Que como prescindimos de la nariz, el recorrido es más corto y no tiene el aire tiempo de calentarse. Esta es la causa de muchas pulmonías, querido Chonón.

—Y dime, admirable buho, ¿en dónde se respira mejor?

—En el campo. Has de tener en cuenta que en las ciudades no puede ser el aire tan puro porque el humo, el polvo, los olores y la aglomeración de gente lo impurifican mucho. También es mucho mejor el aire que se respira por la noche que el respirado por el día. Claro que no hablo del que se respira dentro de las habitaciones, porque éste, si han estado aquéllas mucho rato sin ventilar, es malo lo mismo de día que de noche.

—Yo he oído decir que es muy bueno dormir con la ventana abierta.

—Es tan sano que todo el mundo debería dormir con las ventanas de la habitación abiertas. Claro que procurando contrarrestar los efectos del frío en el invierno, porque si no sería peor el remedio que la enfermedad.

—Y dime, querido buho, ¿no has notado que cuando estamos cansados respiramos mucho más de prisa?

—Ello es debido a que el exceso de ejercicio activa demasiado la combustión de materias desprendidas del organismo y hay una mayor producción de ácido carbónico que la sangre necesita expulsar con rapidez, y por esta causa la circulación y la respiración son más rápidas.

—Ahora recuerdo que en una de tus charlas me dijiste que el exceso de fatiga producía una ligera intoxicación de la sangre y que era necesario reposar un poco para que se eliminaran los gases venenosos que producían la fatiga.

—Veo que tienes una memoria excelente, Chonón.

—Es que la atención con que te escucho siempre es excelente también, amigo buho.

—Así debe ser si quieres llegar algún día a ser un hombre culto.

—Así es y así será.

## Cuarto Gran Sorteo de Regalos para todos los Pinochistas

Pueden tomar parte en este sorteo no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirnoslos en la forma que entonces explicaremos.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número, y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la **Lotería de Navidad**, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS**.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.

**PINOCHO**

SORTEO DE REGALOS  
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º **14**



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## DEL MES DE SEPTIEMBRE

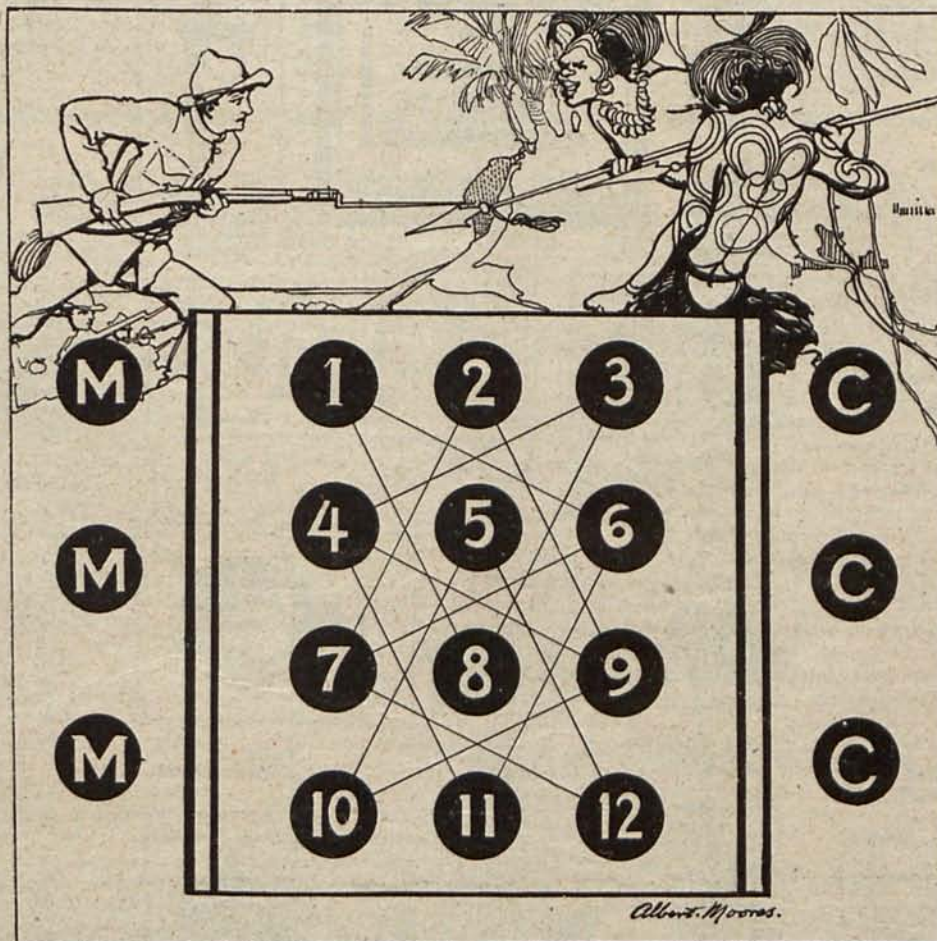
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

### DIVERTIDO JUEGO-ROMPECABEZAS DE LA GUERRA

Esta guerra se entabla entre marinos y caníbales. Las fichas que tienen una M pertenecen a los marinos, y las que tienen una C, a los caníbales.

Al empezar la batalla los marinos se colocarán en los números 1, 2 y 3 y los caníbales en los números 10, 11 y 12.

Tanto marinos como caníbales avanzarán y retrocederán por las líneas que unen los redondeles numerados, hasta que los marinos pasen a ocupar los redonde-



les de los caníbales, o sean los 10, 11 y 12, y los caníbales a los de los marinos, 1 y 2 y 3.

Es condición indispensable que durante los movimientos no haya en un redondel un marino si al extremo hay un canibal, o viceversa.

Esta batalla tiene la particularidad de que no hay víctimas. Sólo se trata, como habéis visto, de pasar unos a ocupar el lugar de otros. Los movimientos para efectuar este cambio son veintidós.

### DIBUJO CON ERRORES

Seis son los errores que habréis de hallar en este dibujo; mejor dicho, cinco, pues uno de ellos, para que os sirva de ejemplo, es que el cuello de la camisa tiene pajarita en un lado y en el otro no. ¿Cuáles son los otros cinco?

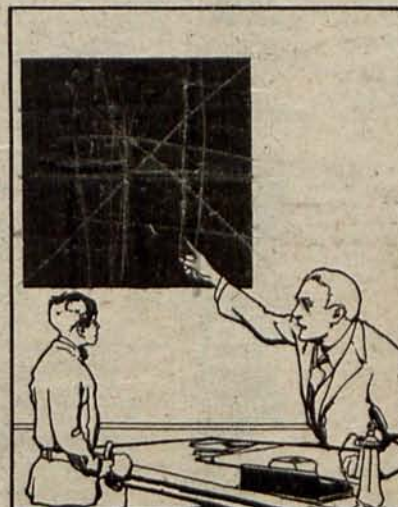


### EL CUADRILÁTERO

Juanito es llamado por el profesor y, señalándole la pizarra, le dice:

—¿Ve usted esta pizarra, que es completamente cuadrada?, pues tráceme en ella, con sólo cuatro líneas, seis cuadrados perfectos.

¿Sabréis vosotros resolver este problema?





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE SEPTIEMBRE



Un «Renault».  
F. CHAVARRI.

### A Chapete.

Malvado Chapete, horroroso muñeco de trapo, que eres más malo que siete y que tienes las patas de pato. Me asocio a Pinocho, a ese genial muñeco de madera, que es más chulo que un ocho o que el asa de una cafetera. Horrible Chapete, yo le compadezco al buen Voltereta porque es un perrete que se parece mucho a mi Violeta (1). ¡Que teman contigo, Chapete bribón, también Tintinelo y también Patapón!

(1) Violeta es mi primita.

ANTONIO WOVES.

### Chistes.

Cuando se va en el tren y se pasa por un túnel, si se quiere tener luz, ¿qué se deberá hacer?

Tirar todos los bultos, porque cuantos menos bultos, más claridad.

JUANITA JONES.

¿En qué se parece la calle del Arenal a veinte céntimos?

En que no llega al Real.

¿El colmo de un sombrerero?

Hacer un sombrero para la calle de la Cabeza.

BLAS SEDEÑO.

Gritaba una señora medio dormida: —¡Juana! ¡Juana!

—¿Qué manda la señora?

—Abre las zapatillas de par en par y tráeme la ventana, que me voy a levantar.

—Voy, señora.

—¡Ah! Mira, dile al chocolate que me suba a la cocinera y que me ponga un azucarillo de agua con vaso.

—Al momento.

PEPITA B.

—No llores, niño, yo te llevaré a tu casa. ¿Cómo se llama tu padre?

—Antonio, Luis, Páco?

—Di... mas...

—¿Juan, Pedro?

—¡No! Digo que se llama Dimas.

ALVARO LINARES-RIVAS.

En el estanco.  
—Una hoja de papel cuadriculado.  
—No tengo.  
—¿Y barba?

—Barba sí.

—Pues afeitésela.

SIRO ESTEFANÍA SARRALDE.

¿En qué se parece un candelabro a un barco?

En que los dos tienen velas.

¿En qué se parece un colegio a los ojos de la cara?

En que los dos tienen niñas.

PILAR SALAMANCA.



Currinche y su cigüeña.  
MALENCHU.



**CUPON**  
DE  
COLABORACION  
PINOCHISTA

ESTE CUPON SIRVE PARA  
ENVIAR UN SOLO TRABAJO.



Don Turulato.  
BALBINO FERNÁNDEZ.



Una parada.  
LUIS MANUEL G. PAACHÍN.

### Chistes.

¿Cuál es el animal que siendo masculino hay que procurar no se vuelva femenino?

El burro, que hay que distraerlo para que no sea-burra.

Entre madre e hija.

La madre.—Ya te he dicho que no me gusta ese novio que tienes, y no te casarás con él.

La hija.—Pero, mamá, ¿tú no te casaste a tu gusto?

La madre.—Mira, mucho cuidado con lo que dices, que yo me casé con tu padre.

ISABEL MARTÍN.

¿Cuál es el oficio que se aprende antes?

El de aviador, porque se aprende volando.

VÍCTOR BONA.

¿En qué se parece un boticario a un cajón viejo?

En que los dos sirven p'astillas.

¿Qué parecido hay entre un timado y un encuadernador?

El de que el encuadernador pega tela, y el timador te-la pega.

PETRA JAURRIETA.

En una estación de ferrocarril.

—Deme usted un billete.

—¿Para dónde?

—¿Y a usted qué le importa?

—¿Pero no ve que no puedo dárselo si no dice adónde va?

—Pues bien, voy a ver a mi novia.

PEDRO RUIZ.

¿En qué se parece un duro a la gasolina de un aeroplano?

En que se gasta volando.

¿Cuál es el pan más triste?

El pan-teón.

FERNANDO PUIG SANCHÍS.

¿En qué se parece una estufa a uno que se ha arruinado?

Pues en que la estufa tiene tubo, y el que se ha arruinado tuvo y no tiene.

¿En qué se parece un bocadillo a los postes del telégrafo?

Pues en que el bocadillo sostiene al hambre, y los palos del telégrafo sostienen al-ambre.

ALFONSO MUÑOZ COBO.

El quinto.—¿Me da usted su permiso?

El sargento.—No se dice permiso, se dice permiso, permiso.

El quinto.—¿Me da su perrmisio?

El sargento.—Adrento.

MAXIMINO GARCÍA.

¿En qué se parece un barbero a un purgante?

Pues en que el barbero baña la cara, y el purgante la cara-baña.

JUAN HIDALGO E HIDALGO.



Mi dormitorio.  
MANOLITA G.



Un globo.  
JOSÉ M. ITURRALDE.



Mi ardilla.  
MARÍA MORALES.



De paseo en coche.  
M.ª AMELIA NEYRA.



Pirula.  
JOSÉ M.ª LÓPEZ DE CARRIZOSA.



Morronguis.  
EMILIO DE ISASA.



Fué a cazar un conejo y le salió un lobo.

MANUEL NIETO MOLINA.



Castillo de piedra.  
RAFAEL ESTÉVEZ.



A orillas del río.  
PILUCA MONTERO.



Un «chalet».  
J. PAREDES PUCHE.



Morronguis  
ROMÁN JUGO.



Un dromedario.  
M. ALMIÑANA.



Don Turulato.  
J. TENAS.



Currinche.  
E. L.





## CONTINUACIÓN DE LAS SOLUCIONES DE PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO Núms. 103, 104, 105 y 106.



**ERRORES.**—1. Sartén y limpiatubos colgados sin clavo.—2. Asa fuera del centro.—3. Falta visagra.—4. Falta rueda en la pata.—5. El cuchillo está demasiado al borde.—6. Saucorchos demasiado largo.—7. Salero sin agujeros en la tapa.—8. Sartén con el mango a la izquierda.

**ERRORES.**—1. El agua poco profunda para tirarse de cabeza.—2. Dos hombres con cuatro dedos en los pies.—3. Zapato en un pie y en el otro no.—4. Dándose la mano izquierda.—5. Jersey al revés.—6. Cinturón con la hebilla a un costado.—7. Barra de la barandilla rota y una señora sentada en ella.—8. Sin manga en un lado del bañador.—9. Reloj de pulsera para bañarse.—10. En una pierna calcetín.—11. Un pendiente si y otro no.



# CORRESPONDENCIA



*Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.*

**Manolito Pérez Morales.**—Tu precioso barco se ha ido a pique, a pesar de sus potentes máquinas y de su enorme casco. Quiero decirte, querido Manolito, que no es posible publicarlo porque lo has dibujado a lápiz y no hay posibilidad de reproducirlo. ¡Qué pena de barco! Otra vez procura hacerlo con tinta y verás qué bien navega por las columnas de mi revista. Abrazos del Capitán (me refiero a Corretón, no al del barco), Tin, Ton, Morronguis, etc.

**María del Pilar Barranco.**—Queridísima Pilar. Me ha llenado de satisfacción tu amable cartita. Tú ya sabes que yo soy un amigo muy grande de todos los niños, y un amigo grandísimo, incommensurable, de los niños Pinochistas; así que esa amistad que me pides tenía por segura. ¿Me corresponderás con la misma buena amistad? Te abraza.

**Manuel Álvarez de Sotomayor.**—Los dibujos que me envías son lindísimos e irán a mi revista a su debido tiempo. En cuanto a ese otro trabajo cuyo envío me anuncias, he de decirte que la gran cantidad de colaboración infantil a que he de ir dando salida me impide, muy a pesar mío, admitir cuentos ilustrados, porque el espacio que ocuparían sería mucho y protestarían, con razón, los Pinochistas autores de trabajos más pequeños. Lo siento mucho, mucho; pero ya comprenderás que el remedio no está a mi alcance. Tú, que manejas el lápiz tan formidablemente, puedes enviarme dibujos sueltos y con esto satisfaras tu ilusión y el buen deseo mío de ver publicados tus magníficos trabajos. Apretadísimos abrazos.

**Matilde Ortiz.**—Con tu linda carta, linda por ser tuya y por el precioso membrete que la adorna, he recibido la solución de un rompecabezas. Es muy poquito la solución de un pasatiempo para que puedas aspirar a uno de los premios que otorga el Jurado. Espero que en futuros concursos harás más cosas y te pondrás en condiciones de competir con otros Pinochistas. ¡Y eso que los hay formidables como solucionistas! Abrazos de Pirula, Laura, Morronguis, etc., etc.

**Francisco Carrasco.**—Muy bien, muy bien tu estipendo trabajo que con gran acierto titulas «Chico del día». Puedes cuando gustes enviarme otras cosas y se publicarán también en cuanto les llegue su turno. Te felicito por la gran cantidad de arte que hay en tu lápiz. Lo que no puedo admitir son dibujos para portadas, porque éstas las hace el incommensurable Morronguis, que es, como habrás podido ver, un dibujante excepcional y único en su género (en el género gatuno, claro). Abrazos cordialísimos de Tin, Ton, Morronguis, Currinche, Don Turulato, etc., etc.

**Ramoncito Losada.**—Yo no sé qué cara debo de poner cuando me enfado, porque no me enfado nunca; pero he puesto una cara muy rara cuando he recibido tus dibujos. Me lo han dicho Don Turulato, Currinche y Morronguis que estaban delante. ¿Qué te pasa, Pinocho, que pones esa cara? Esto me han preguntado, y yo por toda contestación les he entregado tus dibujos. A ellos les ha dado por reírse, y como la risa se contagia, he acabado por reírme yo también. Nos ha dado, pues, mucha risa, mucha, mucha. Comprenderás que no puedo publicarlos porque están hechos a lápiz, y por muy formidables, por muy magníficos que sean, no pueden reproducirse. Después de haberlo advertido así como un millar de veces, ¿es cosa de enfadarse o de reírse? Te envío mi enhorabuena por lo bien, por lo magníficamente bien que dibujas; pero... ya sabes lo que pasa, querido Ramoncito. Muchos y fuertes abrazos.

*Pinocho*

## Premios a la Colaboración Pinochista del mes de marzo NUMEROS 107, 108, 109 Y 110

**Los premios consisten en libros de Cuentos de Calleja. Cuentos.**—Primer premio: Clemente Cartier.—Segundo premio: Rafael Bueno.

**Historietas.**—Primer premio: Manuel Alpañes.—Segundo premio: Alberto Magua.

**Dibujos.**—Primer premio: Aurorita Carrasco.—Segundo premio: José Miguel Lizno.

**El accésit consiste en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.**

**Cuentos.**—J. González, Lolita Rodríguez Bauzá, M. Garay, Carmencita H., Pepita Elicegui y E. Costa.

**Dibujos.**—Manuel Nieto, Antonio Velázquez, A. Cospedal, Carmencita Valdepeñas, R. S. Montoro, Rafael Serrano, F. G. S., Julián Orden, José Ignacio Barraquer, Alberto de León, Antonio R. Maribona, M. L. Anón, Luis Sánchez. M. Garay, P. B. Lerón, Manuel María Clavel, María Aurora Campo, Juanita Muñoz, Paco Blanque, Nicolás Menéndez, Raimundo P. de Gracia, Luisa Blan-

que, Víctor Campa, Araceli Casajús, Almudena Sánchez, Gabriel Monge, César F. Luengo y Aniceto Sánchez.

**Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato u añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.**

**Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».**

**Los Pinochistas americanos tendrán un plazo de cuatro meses para reclamar sus premios o sus diplomas.**





# Sección Pirula

## LA PELOTA DE "TENNIS" Y LA RANA DE LOS OJOS DE ORO

Erase una niña que se llamaba Rosita.

A esta niña le sucedía algo muy raro, algo que seguramente no le

sucedió jamás a ninguna heroína de cuento de hadas. (Porque mi cuento es un cuento de hadas, os lo advierto.)

Lo que le sucedía a Rosita es que no era una linda princesita de ojos de cielo y cabellos de oro, más buena que un ángel... o más mala que un dolor, a fin de volverse buena al final del cuento; no vivía en un palacio de mármol, ni lucía trajes de brocado y alhajas de brillantes, ni paseaba en litera forrada de terciopelo, ni dormía en cuna de nácar y marfil.

Pero tampoco —preparaos: aquí viene lo sorprendente, lo inaudito—, tampoco era hija de unos pobres leñadores, ni vivía en una choza miserable a la entrada de un bosque.

Y sí, por último, creéis adivinar que Rosita era una pobre niña abandonada que se pasaba los días guardando en el monte un rebaño de ovejitas blancas con cintas de color celeste al cuello, debo deciros que os equivocáis.

El raro caso de la heroína de mi cuento consiste en que Rosita era... una niña como las demás: un poquito buena y otro poquito mala; ni muy rica ni muy pobre; bonita sin ser ninguna belleza deslumbradora, con su naricilla respingona y sus pies algo grandes, indicio —según opinión de los papás— de que había de llegar a ser muy buena moza.

Rosita era, en fin, una niña que se parecía a cualquiera de vosotras, y la aventura que le sucedió lo mismo podría haberle sucedido a una de mis adorables Pirulindas... si se pudieran vivir en la realidad cuentos de hadas como el que os voy a referir.

Rosita veraneaba con sus papás en una casa de campo clara y risueña, rodeada por un jardín, en el cual solía, por las tardes, jugar al «tennis» con varios amigos.

No todos los que componían aquella alegre pandilla eran, confesémoslo, otros tantos «ases» de la raqueta, y así sucedía que las pelotitas de goma rebotaban menos veces de una raqueta a otra, que pasaban por encima de la verja del jardín e iban a perderse en el campo.

Bien digo, «perderse», pues los atolondrados jugadores, en vez de correr por ellas, se contentaban con coger cada vez otra pelota y seguir jugando tan frescos.

Un día se encontraron con que de la provisión de pelotas sólo quedaba una.

—Hoy es cosa de tener cuidado —dijeron.

(¡Como si no hubiera sido «cosa de tener cuidado» todos los demás días también!)

Pero, a pesar del cuidado, llegó —y no tardó mucho— un momento en que la pelota salió disparada por encima de la verja y desapareció como sus desafortunadas compañeras.

Los jugadores se miraron compungidos; en el pueblo no se vendían pelotas de «tennis»; no quedaba, pues, más remedio que esperar al sábado, día en que algunos papás solían venir a visitar a las familias, y podrían, entonces, traer una nueva provisión

de pelotas de goma de la capital. ¡Esperar hasta el sábado! ¡Y era lunes!

—Voy a buscarla —exclamó valerosamente Rosita— puede que la encuentre.

Llevaba ya un gran rato buscando por el campo y se disponía a regresar, desolada, cuando, de pronto, lanzó un grito de alegría al vislumbrar la pelota medio oculta entre unos matorrales, a orillas de una charca.

Se precipitó; pero resbaló y cayó sentada junto a la pelota; al caer, la empujó con el pie y la pelota cayó, ¡ploc!, dentro del agua.

Tal fué su desilusión, que Rosita se echó a llorar como una nena chiquitina; menos mal que no la veía nadie.

Es decir, sí, alguien la veía: una rana había sacado la cabeza fuera del agua y la contemplaba fijamente con sus ojitos de oro.

Y Rosita oyó una voz que decía:

—No llores, hermosa niña, yo te devolveré tu pelota de goma.

Levantó la cabeza y no se sorprendió mucho al notar que quien así hablaba era la rana. El hecho nos hubiera dejado estupefactos a vosotras o a mí; pero las heroínas de los cuentos están muy acostumbradas a oír hablar a los animales.

—¡Ay!, sí, sí, buena ranita —exclamó la niña—, dame mi pelota.

—Pero ha de ser con una condición —dijo gravemente la rana—, y es que me prometáis llevarme contigo a tu casa, y esta noche, sentarme a tu lado, en la mesa, y darme de comer en tu plato y beber en tu vaso.

—Te lo prometo —contestó Rosita.

La cabeza verde de los ojos de oro desapareció en el agua; a los pocos segundos volvió a surgir; entre sus patitas, la rana llevaba la pelota de «tennis», y la lanzó, ¡paf!, con tal habilidad que fué a caer precisamente entre las manos de Rosita.

—Gracias, amable rana —exclamó la niña.

—Y, ahora, a cumplir tu promesa —repuso la rana.

Y, ¡tapppl!, de un salto, ya está la rana junto a Rosita. Entonces, ¿a que no sabéis lo que hizo Rosita? Antes de decirlo he de pedir os perdón por haber dicho hace un momento que esta aventura pudo sucederle lo mismo que a ella a cualquiera de vosotras; no, ninguna de vosotras, seguramente, se hubiera comportado como Rosita, puesto que al ver a la rana a sus pies, dispuesta a seguirla...

Pero lo que hizo Rosita os lo referiré el domingo que viene; si os lo dijera hoy no me quedaría sitio en la

página para explicar os los tres dibujos que la ilustran.

Son, como lo sospecharéis, sin duda, tres retratos de la propia Rosita, con diferentes vestidos.

El primero es casualmente el que llevaba el día de la historia de la rana; es un traje-cito sencillo y campestre, de percal, con lunares rojos sobre fondo blanco, combinado con percal rojo, liso.

El segundo lo tiene para los días algo frescos del veraneo; se compone de una falda con tablas huecas, de lanilla «beige» y un «jumper» de lanilla a cuadritos «beige» y verde, adornado con lanilla igual a la de la falda.

Y el tercer vestido es de seda cruda, adornado con pespuntos azul marino y con un cinturón y una corbata del mismo color.

¿Os gusta como viste Rosita?

Pues copiad sus vestidos; pero no copiéis su modo de proceder con la rana de los ojos de oro, que os contaré dentro de ocho días.

